

## Las cartas de Stark Munro

El Paseo Editorial

**ARTHUR CONAN DOYLE**

# **Las cartas de Stark Munro**

**Traducción y prólogo**

**Victoria León**

**el paseo, 2018**



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición  
del Ministerio de Cultura y Deporte

Título original: *The Stark Munro Letters* (1895)

© de la traducción y el prólogo: Victoria León, 2018

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2018

www.elpaseoeditorial.com

*1.ª edición: noviembre de 2018*

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)

Corrección: Deculturas, s. c. a.

Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-948112-8-9

DEPÓSITO LEGAL: SE-1724-2018

CÓDIGO BIC: FC

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

## Contenido

|   |     |
|---|-----|
| Prólogo   | 9   |
| <i>Las cartas de Stark Munro</i>                        |     |
| I. Hogar, 30 de marzo de 1881                           | 19  |
| II. Hogar, 10 de abril de 1881                          | 32  |
| III. Hogar, 15 de octubre de 1881                       | 47  |
| IV. Hogar, 1 de diciembre, 1881                         | 63  |
| V. Merton on the Moors, 5 de marzo de 1882              | 79  |
| VI. The Parade, Bradfield, 7 de marzo de 1882           | 98  |
| VII. The Parade, Bradfield, 9 de marzo de 1882          | 114 |
| VIII. The Parade, Bradfield, 6 de abril de 1882         | 130 |
| IX. The Parade, Bradfield, 23 de abril de 1882          | 147 |
| IX. Cadogan Terrace, Birchespool, 21 de mayo de 1882    | 163 |
| XI. Oakley Villas, Birchespool, 29 de mayo de 1882      | 179 |
| XII. Oakley Villas, Birchespool, 5 de junio de 1882     | 197 |
| XIII. Oakley Villas, Birchespool, 12 de junio de 1882   | 212 |
| XIV. Oakley Villas, Birchespool, 15 de enero de 1883    | 226 |
| XV. Oakley Villas, Birchespool, 3 de agosto de 1883     | 241 |
| XVI. Oakley Villas, Bischespool, 4 de noviembre de 1884 | 257 |

## Prólogo

De todo autor prolífico que acaba conociendo un gran éxito editorial, quedan siempre eclipsadas ciertas obras que no se ajustan al modelo que acaparó la atención de los lectores y la crítica. Es el tiempo el encargado de sacarlas a la luz. Y esa parece haber sido la suerte de esta novela epistolar y abiertamente autobiográfica que Arthur Conan Doyle publicó en su madurez, en plena cumbre de su fama literaria, para contemplar retrospectivamente su juventud, su iniciación en la vida adulta, los comienzos de su ejercicio de la medicina y los albores de su transformación en escritor profesional.

Escritas al final del periodo de Norwood, donde residió entre los años 1891 y 1893, antes de marcharse a Suiza buscando una mejoría en la ya delicada salud de su primera esposa, enferma de tuberculosis, *Las cartas de Stark Munro* se publicaron por primera vez en 1895 (Londres: Longmans, Greens & Co). El mismo año que figura en su edición norteamericana (Nueva York: D. Appleton & Company), e incluso en una edición en lengua inglesa publicada en Alemania (Leipzig: Bernhard Tauchnitz).

La obra nunca había sido traducida al castellano, y al subsanar esa ausencia con nuestra versión, creemos estar poniendo a disposición del lector una pieza clave para en-

tender la psicología singular y el pensamiento heterodoxo de un autor tan conocido como desconocido a la vez para el público, y cuya vida y obra guardan una relación mucho más estrecha e íntima de lo que parece, iluminándose mutuamente.

La biografía de Arthur Conan Doyle es de por sí materia novelesca. Él mismo decía en el prólogo a sus memorias, publicadas en 1924 y tituladas, significativamente, *Memories and Adventures*, que era difícil encontrar una vida más variada y rica en aventuras y experiencias que la suya. En ellas recuerda sus tiempos de estudiante como una época marcada por la responsabilidad y las estrecheces económicas. Y desde el principio parece poco entusiasmado con la carrera que tiene por delante, lejos de contar con una sólida vocación. «Se había decidido que yo fuera médico, principalmente, creo, porque Edimburgo era un centro de larga tradición médica». \* Pero al joven aventurero y apasionado, sus años de estudio le parecieron: «Un largo y aburrido periodo empollando botánica, química, anatomía, fisiología y todo un elenco de asignaturas obligatorias, muchas de las cuales tienen muy poca incidencia en el arte de curar».

Finalizados sus estudios, a pesar de todo, Conan Doyle trata de abrirse camino como médico. Aunque ya en sus tiempos de estudiante ha llegado a descubrir que puede ganar dinero escribiendo unos cuentos juveniles que ha ido publicando en revistas, circunstancia que lo llevará a dar el primer paso hacia su futura profesionalización como escritor: «Un amigo me señaló que mis cartas tenían una viveza especial, y que estaba seguro de que yo podía vender algu-

---

\* Tomamos todas las citas de la edición en castellano: Arthur Conan Doyle, *Memorias y aventuras* (trad. de Bernardo Moreno Carrillo), Madrid, Valdemar, 2015.

nas de las cosas que escribiera [...] la observación de mi amigo [...] me cogió completamente por sorpresa. Sin embargo, me senté y escribí un pequeño relato de aventuras, que titulé “El misterio del valle Sassassa” [...] recibí por él tres guineas». Pero no sería hasta 1891 cuando, finalmente, desencantado de la medicina y tras consolidarse su éxito como escritor, abandonase su primera profesión para dedicarse por entero a la escritura. *Las cartas de Stark Munro* dejan entrever el inicio de ese proceso de búsqueda de una actividad que verdaderamente colme sus ansias de vida activa en el tiempo que le ha tocado vivir, de ser testigo de la vida y de la historia y llegar a comprender siquiera un poco más el mundo, la condición humana y la naturaleza.

Reflejan también estas páginas de ficción, de manera a veces directa y a veces algo más oblicua, su vida familiar de esos años. Cómo conoció a su primera esposa, Mary Louise Hawkins, la hermana de un paciente al que trató, según relata, de una violenta meningitis de consecuencias trágicas. La enorme influencia moral e intelectual que ejerció su madre sobre él, patente en la larga relación epistolar que ambos mantuvieron siempre. La relación conflictiva con un padre depresivo y alcohólico que pasó los últimos años de su vida ingresado en un sanatorio, pero a quien, sin embargo, admiraba como genio incomprendido al que el mundo no había permitido desarrollar sus talentos artísticos. «Era un hombre ingenuo y nada práctico, y su familia sufrió mucho por ello», escribía sobre él sin ocultar su dolorida ternura. El padre de Stark Munro, en cambio, es un hombre sensato y lleno de preocupación por su familia que teme que su salud le impida seguir velando por ella.

Pero, sobre todo, la juventud de Conan Doyle se nos presenta por igual en sus memorias y en la novela como una época de crisis intelectual y espiritual que queda reflejada

# Las cartas de Stark Munro

El Paseo Editorial



Me ha parecido que las cartas de mi amigo el señor Stark Munro formaban un conjunto tan coherente y ofrecían una visión tan nítida de algunas de las dificultades que un joven se ve obligado a afrontar al inicio de su carrera que he decidido ponerlas en manos del caballero que se dispone a editarlas. En dos de ellas, la quinta y la novena, los cortes se hacen necesarios. Pero confío en que, en general, puedan ser reproducidas sin alteraciones. Estoy convencido de que mi amigo no tendría en mayor estima otro privilegio que el de pensar que algún joven, atormentado también por las exigencias de este mundo y por sus dudas acerca del que haya de venir después, hubiera encontrado fuerzas al leer cómo otro hermano, antes que él, atravesó el mismo valle de sombras.

HERBERT SWANBOROUGH  
Lowell, Massachussets

## I. Hogar, 30 de marzo de 1881.

Querido Bertie:

Desde tu regreso a América te he echado mucho de menos, pues no hay otra persona en este mundo a quien haya sido capaz de abrir mi mente sin reservas como a ti. Ignoro la razón, ya que, ahora que lo pienso, yo no he merecido tu confianza demasiadas veces. Pero eso ha de ser culpa mía. Tal vez no me tengas por alguien demasiado comprensivo, aunque me esfuerce tanto por serlo. Solo puedo decirte que yo sí te considero enormemente comprensivo a ti; algo que quizá doy por sentado más de lo que debiera... Pero, no; me dicen todos mis instintos que mis confidencias no te son indiferentes.

¿Te acuerdas de Cullingworth en la universidad? Nunca estuviste en el grupo de los deportistas, y quizá por eso no lo recuerdes. Supondré que no, y te hablaré de él como si no lo conocieras. Pero estoy seguro de que reconocerías su fotografía, en cualquier caso, porque era el tipo más feo y con la pinta más rara de nuestra promoción.

Físicamente, era un gran atleta: uno de los más rápidos y decididos delanteros de rugby que he conocido, aunque jugaba de forma tan salvaje que nunca consiguió ser internacional. Era alto, de cinco pies con nueve tal vez; cuadra-

do de hombros, con torso arqueado, y una forma de caminar rápida y brusca. Tenía una cabeza fuerte y redonda erizada de un cabello negro, corto e hirsuto. Su rostro era extraordinariamente feo, pero era la suya esa fealdad que posee el carácter y que resulta tan atractiva como la belleza. Su mandíbulas y sus cejas eran afiladas y ásperas; su nariz, agresiva y roja; sus ojos, pequeños y juntos, de color azul claro, y capaces de adoptar la expresión más cordial lo mismo que la más iracunda y vengativa. Un escaso y tieso bigote cubría su labio superior, y tenía unos dientes amarillos, poderosos y apiñados. Añade a esto que raras veces llevaba cuello o corbata; que su garganta tenía el color y la textura de la corteza de un abeto escocés y que poseía una voz y, sobre todo, una risa, de toro. Tendrás entonces una idea (si logras unir todos estos elementos en tu mente) del James Cullingworth exterior.

Sin embargo, el hombre interior era el más interesante. No pretendo saber lo que es el genio. La definición de Carlyle siempre me ha parecido una afirmación tajante y clara de lo que *no* lo es. Hasta donde yo he visto, lejos de ser su principal característica una capacidad infinita de esfuerzo, esta consiste en permitir a su poseedor obtener por una especie de instinto resultados que otros hombres solo pueden alcanzar mediante duro trabajo. Y, en este sentido, Cullingworth era el mayor genio que haya conocido nunca. Jamás parecía trabajar y, sin embargo, sacaba la mejor nota en Anatomía por delante de los que estudiaban diez horas diarias. Aunque eso tal vez no dijera demasiado, pues también podía vagar de forma ostentosa durante todo el día y pasarse las noches leyendo desesperadamente, bastaba tratar cualquier tema con él para comprobar la originalidad y fuerza de su pensamiento. Se le hablaba de torpedos, y empuñaba un lápiz y, al dorso de un viejo sobre que saca-

ba del bolsillo, esbozaba cualquier novedoso invento para atravesar la coraza de un barco y ganar su costado; uno que, indudablemente, implicaría ciertas imposibilidades técnicas, pero que, cuando menos, sería bastante plausible e innovador. Mientras dibujaba, sus cejas erizadas se contraían, sus ojos pequeños brillaban de emoción, apretaba los labios y terminaba golpeando el papel con la mano abierta y gritando exultante. Creerías que su única misión en la vida era inventar torpedos. Pero, solo un instante después, si expresabas tu asombro por cómo los obreros egipcios lograron subir las piedras a lo alto de las pirámides, volvía a sacar lápiz y sobre y propondría un esquema para llevarlo a cabo con idéntica energía y convicción.

Su ingenio iba unido a un temperamento extremadamente sanguíneo. Mientras se paseaba de un lado a otro con su manera rápida y brusca de andar, hablando de cualquier nueva invención para surcar los aires, conseguía patentes, te recibía como socio en su empresa, la implantaba en todos los países civilizados, veía todas las aplicaciones concebibles, estimaba sus posibles beneficios económicos, planeaba los nuevos métodos en los que invertiría sus ganancias y, finalmente, se retiraba con la más gigantesca fortuna que se hubiera amasado jamás. Y uno se dejaba arrastrar por sus palabras, y lo acompañaba en cada paso de tal modo que suponía un verdadero impacto poner de nuevo los pies sobre la tierra, y encontrarse recorriendo a pie las calles de la ciudad como un pobre estudiante con la *Fisiología* de Kirk bajo el brazo y apenas lo justo para almorzar en el bolsillo.

Releo lo escrito, y me doy cuenta de que no consigo ofrecerte una idea real de la inteligencia endemoniada de Cullingworth. Sus ideas sobre Medicina eran absolutamente revolucionarias, y me parece que, si las cosas salen como prometen, quizá tenga mucho que decir sobre eso en

el futuro. Con sus dotes brillantes e inusuales, su extraordinario rendimiento atlético, su extraña manera de vestir (el sombrero hacia atrás en la cabeza y el cuello desnudo), su voz de trueno y su rostro feo y poderoso, poseía la más poderosa singularidad que haya conocido.

Quizá pienses que estoy siendo demasiado prolijo al hablarte de esta persona, pero, puesto que parece que su vida se hubiera entrelazado de algún modo con la mía, es objeto de interés inmediato para mí, y estoy poniendo por escrito todo esto con el propósito de revivir mis propias impresiones medio desvaídas y la esperanza de que a ti te resulten entretenidas e interesantes. Y por ello debo darte un par de apuntes más para que este personaje se te haga aún más claro.

Había algo heroico en él. En cierta ocasión, se vio en la tesitura de tener que elegir entre comprometer a una dama o saltar desde la ventana de un tercer piso. Sin un momento de duda, se arrojó por la ventana. Quiso la suerte que cayera, atravesando un enorme arbusto de laurel, a un terreno de jardín que estaba humedecido por la lluvia, y de este modo salió sin más daño que una sacudida y algún moratón. Si tuviera que decir algo en contra de este hombre, no sería esto, desde luego.

Era también aficionado a las bromas pesadas, pero resultaba preferible no gastárselas a él, pues nunca se sabía a qué podían conducir. Su temperamento era poco menos que infernal. Lo he visto en la sala de disecciones empezar a bromear con alguien y que, de repente, la diversión desapareciera de su rostro, sus pequeños ojos le brillaran de ira, y ambos acabaran rodando por el suelo y peleándose como perros bajo la mesa. Tenían que separarlo a rastras del otro, jadeante y sin habla por la furia, con el hirsuto pelo erizado igual que el de un terrier de pelea.